

HEREDEROS DEL TIEMPO

Adrian Tchaikovsky

Herederos del tiempo

Traducción de
Luis G. Prado

 ARTIFEX

Título original:
Children of Time
Traducción de Luis G. Prado

Ilustración de cubierta: Maciej Garbacz
Diseño de cubierta: Alejandro Terán

Primera edición: noviembre de 2018

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra y su almacenaje o transmisión por cualquier medio sin permiso previo del editor.

© 2015 Adrian Czajkowski
*First published 2015 by Tor, an imprint of Pan Macmillan,
a division of Macmillan Publishers International Limited*

© 2018 Luis G. Prado
por la traducción

© 2018 Artifex
Luis G. Prado, editor
Alcalá, 387
28027 - Madrid
editor@bibliopolis.org

Artifex Plus: el blog del editor artifexplus.blogspot.com
--

IBIC: FL
ISBN: 978-84-9889-117-1

Impreso por Estugraf

Impreso en España
Printed in Spain

Para Portia

Agradecimientos

Muchas gracias a mis asesores científicos, incluyendo a Stewart Hotston, Justina Robson, Michal Czajkowski, Max Barclay y el departamento de Entomología del Museo de Historia Natural.

También debo dar las gracias, como de costumbre, a mi mujer, Annie, y a mi agente, Simon Kavanagh; a Peter Lavery, y a Bella Pagan y a todos los demás en Tor. Me siento muy feliz por el abundante apoyo que he recibido para un proyecto tan extraña y profundamente personal.

1
Génesis

1.1

Un tonel lleno de monos

La instalación Brin 2 no tenía ventanas: su rotación implicaba que «afuera» siempre estaba «abajo», subterráneo, ignorado. Las pantallas de las paredes mostraban una agradable fantasía, una vista compuesta del mundo que descartaba el hecho de que se encontraban en constante rotación, y que mostraba el planeta colgando quieto contra el espacio: una canica verde parecida a la canica azul que era su hogar, a veinte años luz. La Tierra había sido verde en el pasado, pero sus colores se habían desvanecido desde entonces. Aunque quizá nunca tan verde como este mundo de hermosa construcción, donde incluso los océanos brillaban esmeraldas con el fitoplacton que mantenía el equilibrio de oxígeno en su atmósfera. Qué delicada y multifacética era la tarea de construir un monumento viviente que permaneciera estable en las futuras eras geológicas.

No tenía un nombre oficial más allá de su designación astronómica, aunque entre los tripulantes menos imaginativos había una cierta preferencia por «Simiana». La doctora Avrana Kern se encontraba contemplándolo y lo llamaba «Mundo de Kern». Era su proyecto, su sueño... su planeta. Había decidido que sería el primero de muchos.

Éste es el futuro. Aquí es donde la humanidad dará su siguiente gran paso. Aquí es donde nos convertiremos en dioses.

—Éste es el futuro —dijo en voz alta.

Su voz resonaría en el centro auditivo de todos los tripulantes, diecinueve en total, aunque quince estaban con ella en el centro de

control. No era realmente el centro, por supuesto: el eje desprovisto de gravedad en torno al que giraban quedaba reservado para los generadores, el procesamiento, y su carga.

—Aquí es donde la humanidad dará su siguiente gran paso. —Los últimos dos días había dedicado más tiempo a su discurso que a los detalles técnicos. Estuvo a punto de pronunciar la frase sobre convertirse en dioses, pero se la reservó. *Demasiado polémica, teniendo en cuenta a los payasos de Non Ultra Natura que hay en casa.* Los proyectos como el suyo ya habían generado suficiente controversia. Oh, las diferencias entre las actuales facciones de la Tierra eran mucho más profundas: sociales, culturales, o simplemente basadas en prejuicios, pero Kern había conseguido lanzar la Brin, hacía tantos años, a pesar de la creciente oposición. A estas alturas el proyecto se había convertido en un chivo expiatorio para las divisiones de la especie humana. *No son más que primates pendentieros. El progreso es lo que importa. Cumplir la promesa de la humanidad, y de toda vida.* Ella siempre se había encontrado entre los mayores oponentes de la reacción conservadora en auge, ejemplificada de forma más extrema por los terroristas de Non Ultra Natura. *Si se salieran con la suya, volveríamos a las cavernas. A los árboles. El propio sentido de la civilización es que superemos los límites de la naturaleza, tarados primitivistas.*

—Estamos subidos a hombros de otros, por supuesto. —La frase adecuada para mostrar humildad científica era «a hombros de gigantes», pero no había llegado hasta aquí hincando la rodilla ante las generaciones pasadas. *Enanos, muchísimos enanos,* pensó, y apenas pudo contener una risita muy inapropiada, *a hombros de monos.*

A una orden mental suya, una pantalla mural y los visores internos de la tripulación mostraron los planos de la Brin 2. Quería dirigir su atención y conducirlos a apreciar su triunfo, tanto de ellos como de ella. Allí estaba: la aguja del núcleo central, rodeada por el anillo de vida y ciencia, el mundo en forma de toro que habitaban. En un extremo del núcleo estaba el feo bulto de la Cápsula Centinela, que pronto sería lanzada y se convertiría en el puesto de investigación más lejano y duradero del universo. El extremo opuesto de la aguja albergaba el Tonel y el Frasco. Contenidos: monos y el futuro, respectivamente.

—Debo dar las gracias en particular a los equipos de ingeniería a las órdenes de los doctores Fallarn y Medi por su incansable obra de transformación de... —y estuvo a punto de decir «el Mundo de Kern» sin querer—... el planeta en cuestión para que proporcionase un hábitat seguro y cómodo para nuestro gran proyecto. —Fallarn y Medi estaban ya camino de vuelta a la Tierra, por supuesto, una vez completado su trabajo de quince años, y a treinta de llegar a casa. Pero todo aquello no era más que una tramoya para Kern y su sueño. *Todo este trabajo es para nosotros... para mí.*

Un viaje de veinte años luz hasta casa. Mientras treinta años transcurren en la Tierra, sólo veinte pasarán para Fallarn y Medi en sus ataúdes fríos. Para ellos, su viaje es casi tan rápido como la luz. ¡Qué maravillas podemos lograr!

Desde su punto de vista, unos motores que pudieran acelerarla hasta cerca de la velocidad de la luz no eran más que herramientas pedestres para moverla por un universo que la biosfera terrestre estaba apunto de heredar. *Puesto que la humanidad puede ser frágil de formas que no podemos soñar, debemos lanzar nuestras redes cada vez más lejos...*

La historia humana se encontraba en el filo de la navaja. Milenios de ignorancia, prejuicios, supersticiones y esfuerzos desesperados la habían conducido por fin hasta esto: la humanidad crearía nueva vida inteligente a su imagen. La humanidad ya no estaría sola. Incluso en el futuro más inconcebiblemente distante, cuando la propia Tierra hubiese caído en fuego y polvo, habría un legado que se extendería por las estrellas; una variedad infinita y en expansión de vida terrestre suficientemente diversa para sobrevivir a cualquier revés de la fortuna hasta la muerte del propio universo, y quizá incluso más allá. *Incluso si morimos, seguiremos viviendo en nuestros hijos.*

Que los NUN prediquen su credo contraproducente de pureza y supremacía humana, pensó. Evolucionaremos y los dejaremos atrás. Éste será el primero de mil mundos a los que dotaremos de vida.

Puesto que somos dioses, y estamos solos, crearemos...

Allá en casa, las cosas iban mal, o eso indicaban las imágenes de hacía veinte años. Avrana había hojeado sin interés los disturbios, los furiosos debates, las manifestaciones y la violencia, pensando

sólo: *¿Cómo hemos llegado tan lejos con tantos estúpidos en el conjunto genético?* El grupo Non Ultra Natura era sólo la forma más extrema de una coalición de facciones políticas (los conservadores, los filosóficos, incluso los religiosos sin remedio) que consideraban que ya bastaba de tanto progreso. Que luchaban con uñas y dientes contra nuevas transformaciones del genoma humano, contra la eliminación de los límites a la IA, contra proyectos como el de Avrana.

Y sin embargo, están perdiendo.

En otros lugares la terraformación estaría teniendo lugar. El Mundo de Kern era sólo uno de muchos planetas que recibían las atenciones de gente como Fallarn y Medi, rocas químicas inhabitables (de tipo terrestre sólo en su tamaño aproximado y en su distancia respecto al sol) que se transformaban en ecosistemas equilibrados por los que Kern podría haber caminado sin escafandra con sólo mínimas incomodidades. Después de que los monos fueran insertados y de que la Cápsula Centinela se encontrase en posición para vigilarlos, aquellas otras gemas requerirían su atención. *Sembraremos el universo con todas la maravillas de la Tierra.*

En su discurso, al que apenas prestaba atención, recorrió una lista de nombres, presentes o en casa. La persona a la que realmente quería dar gracias era a sí misma. Había luchado por esto, y gracias a su longevidad artificial había conseguido seguir debatiendo a lo largo de varias vidas humanas naturales. Había tenido encontronazos en departamentos de contabilidad y laboratorios, en simposios académicos y en programas de entretenimiento de masas, todo por conseguir esto.

Yo he hecho esto, yo. Con vuestras manos he construido, con vuestros ojos he medido, pero la mente es sólo mía.

Su boca siguió articulando los sonidos preestablecidos, palabras aún más aburridas para ella de lo que presumiblemente lo eran para su público. El auténtico público de este discurso lo recibiría dentro de veinte años: la confirmación definitiva en casa de cómo iban a ser las cosas. Su mente se conectó con el centro de control de la Brin 2. *Confirma sistemas del Tonel*, emitió por su enlace con el ordenador de la instalación; era una comprobación que últimamente se había convertido en un tic nervioso.

Dentro de los límites de tolerancia, vino la respuesta. Y si investi-

gaba tras este resumen complaciente, vería información precisa de la nave de aterrizaje, su estado de preparación, incluso los signos vitales de su carga de diez mil primates, los elegidos que heredarían, si no la Tierra, al menos este planeta, comoquiera se llamase finalmente.

Comoquiera que lo llamasen ellos, una vez que el nanovirus de elevación los hubiese conducido hasta allí en el camino del desarrollo. Los biotécnicos estimaban que en unas meras treinta o cuarenta generaciones de monos llegarían al punto donde podrían entrar en contacto con la Cápsula Centinela y su único ocupante humano.

Junto al Tonel estaba el Frasco: el sistema de envío del virus que aceleraría a los monos, de forma que cruzasen en un siglo o dos la distancia física y mental que había llevado a la humanidad millones de largos y hostiles años.

Otro grupo de gente a la que dar gracias, pues ella no era especialista en biotecnología. Había visto los planos y las simulaciones, sin embargo, y los sistemas expertos habían examinado la teoría y la habían resumido en términos que ella, que tan sólo era un genio, pudiera comprender. El virus era una obra extraordinaria, al menos tal y como ella lo entendía. Los individuos infectados producirían descendencia mutada de diversas formas útiles: mayor tamaño y complejidad cerebral, mayor tamaño corporal para darle cabida, circuitos de comportamiento más flexibles, aprendizaje más rápido... El virus incluso reconocería la presencia de la infección en otros individuos de la misma especie, de forma que incentivaría la crianza selectiva, y así los mejores de los mejores engendrarían a mejores todavía. Era un futuro completo en una concha microscópica, casi tan inteligente, a su modo contumaz, como las criaturas que se dedicaría a mejorar. Interactuaría con el genoma del anfitrión en un nivel profundo, replicándose en sus células como un nuevo orgánulo, transmitiéndose a la descendencia del anfitrión hasta que toda la especie estuviera sometida a su benevolente contagio. No importaba cuántos cambios sufrieran los monos, el virus se adaptaría y se ajustaría a cualquier genoma con el que se asociase, analizando y modelando e improvisando lo que hubiese heredado... hasta que se hubiese creado algo que pudiera mirar a sus creadores a los ojos y comprender.

Había convencido a la gente allá en casa describiéndoles que entonces los colonos llegarían al planeta y descenderían de los cielos como deidades para encontrarse con las nuevas personas. En lugar de un mundo duro y sin domesticar, una especie de ayudantes y sirvientes elevados hasta la inteligencia recibiría a sus creadores. Eso era lo que había contado a las juntas y comités de la Tierra, pero nunca había sido para ella el propósito del proyecto. Los monos eran el propósito, y aquello en lo que se convertirían.

Ésta era una de las cosas que más enfurecían a los NUNs. Gritaban que se crearían superseres a partir de meras bestias. En realidad eran como niños mimados que se oponían a compartir nada. La humanidad, hija única, ansiaba la atención exclusiva del universo. Como tantos otros proyectos enarbolados como causas políticas, el desarrollo del virus había estado plagado de protestas, sabotajes, terrorismo y asesinato.

Y sin embargo, por fin triunfamos sobre nuestra propia naturaleza, pensó Kern con satisfacción. Y, por supuesto, había una brizna de verdad en los insultos que le dirigían los NUNs, porque a ella no le importaban los colonos ni los sueños neoimperialistas de sus camaradas. Quería crear nueva vida, a su imagen tanto como a la de la humanidad. Quería saber qué podría evolucionar, qué sociedad, qué entendimiento, cuando sus monos quedasen librados a sus propios medios simiescos... Para Avrana Kern, éste era el premio, la recompensa por poner su genio al servicio del bien de la especie humana: este experimento, este futuro alternativo. Sus esfuerzos habían creado una serie de mundos terraformados, pero su precio era que el primogénito sería suyo, un hogar para sus nuevas personas.

Se dio cuenta de que la rodeaba un silencio expectante, y entendió que había llegado al final de su discurso, y ahora todo el mundo pensaría que estaba añadiendo suspense gratuito a un momento que no necesitaba énfasis.

—Sering, ¿estás en posición? —preguntó por el canal abierto, para que todos pudieran oírla. Sering era el voluntario, el hombre que iban a dejar atrás. Orbitaría su laboratorio a escala planetaria mientras transcurrían los largos años, sumido en el sueño frío hasta que llegase el momento de convertirse en mentor de una nueva

especie de primates inteligentes. Kern casi lo envidiaba, pues vería y oiría cosas que ningún humano había experimentado jamás. Sería el nuevo Hanuman: el dios mono.

Casi lo envidiaba, pero al final Kern prefería partir para comenzar otros proyectos. Que otros se convirtieran en dioses de meros mundos individuales. Ella misma caminaría entre las estrellas y encabezaría el panteón.

—No, no estoy en posición. —Aparentemente, Sering pensaba que eso también era digno de un amplio público, pues lo había emitido por el canal general.

Kern sintió una punzada de hastío. *No puedo hacerlo todo yo sola. ¿Por qué los demás quedan tan a menudo por debajo de mis estándares, cuando confío en ellos?* Y en privado para Sering, dijo:

—¿Podrías explicar por qué?

—Esperaba tener la oportunidad de decir unas palabras, doctora Kern.

Sería su último contacto con su propia especie durante mucho tiempo, como sabía ella, por lo que parecía apropiado. Si él podía dar un buen discurso, sólo acrecentaría la leyenda. Sin embargo, manipuló el control de comunicación para retardarla unos segundos, sólo por si se ponía sentimental o empezaba a decir algo inapropiado.

—Éste es un punto crucial en la historia humana. —La voz de Sering, siempre ligeramente quejicosa, llegaba hasta ella, y de ella partía hacia los demás. La imagen de Sering aparecía en los visores internos, con el cuello de su traje ambiental naranja chillón abrochado hasta la barbilla—. He tenido que pensar mucho antes de tomar la decisión, como podéis imaginar. Pero algunas cosas son demasiado importantes. A veces hay que hacer lo correcto, cueste lo que cueste.

Kern asintió, complacida. *Sé un buen mono y termina pronto, Sering. Algunos de nosotros tenemos que construir nuestros legados.*

—Hemos llegado tan lejos, y sin embargo seguimos cometiendo los mismos errores —continuó Sering tenazmente—. Aquí estamos, con el universo a nuestro alcance y, en lugar de hacer progresar nuestro propio destino, participamos en nuestra propia obsolescencia.

Kern se había distraído un poco y, para cuando se dio cuenta de lo que Sering había dicho, las palabras habían llegado a la tripulación. Súbitamente percibió un murmullo de mensajes preocupados que se cruzaban entre ellos, e incluso simples palabras susurradas entre los que estaban más cerca de ella. Entre tanto, el doctor Mercian le envió una alerta por otro canal: *¿Qué hace Sering en el núcleo de energía?*

Sering no debía estar en el núcleo de energía de la Aguja. Sering debía estar en la Cápsula Centinela, listo para ocupar su lugar en la órbita... y en la historia.

Cortó la comunicación entre Sering y la tripulación y le envió una petición airada para que explicase qué estaba haciendo. Durante un momento el avatar de Sering se la quedó mirando, y luego movió los labios al decir:

—Hay que detenerla, doctora Kern. A usted y los que son como usted; sus nuevos humanos, nuevas máquinas, nuevas especies. Si tiene éxito aquí, entonces lo repetirá en otros mundos: lo ha dicho usted misma, y sé que ya han empezado a terraformarlos. Esto termina aquí. ¡Non Ultra Natura! No mayores que la naturaleza.

Kern perdió unos momentos preciosos que podrían haber servido para disuadirlo dedicándole una sarta de insultos personales, hasta que Sering volvió a hablar:

—La he bloqueado, doctora. Haga lo mismo conmigo si desea, pero por el momento voy a seguir hablando y usted no podrá interrumpirme.

Kern estaba intentando anularlo, buscando en los sistemas del ordenador de control para encontrar qué había hecho, pero la había dejado desconectada de una forma elegante y selectiva. Había áreas enteras de los sistemas de la instalación que sencillamente no aparecía en sus planos mentales, y cuando preguntó al ordenador por ellas, éste se negó a reconocer su existencia. Ninguna de ellas era vital para la misión (no eran ni el Tonel, ni el Frasco, ni siquiera la Cápsula Centinela), y por tanto ninguna de ellas se encontraba entre los sistemas que había estado revisando obsesivamente cada día.

No, no eran vitales para la misión. Pero sí vitales para la instalación.

—Ha desactivado los seguros del reactor —informó Mercian—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué está en el núcleo de energía? —Sona-

ba alarmado, pero no abiertamente asustado, una buena indicación de cuál era la actitud de la tripulación.

Está en el núcleo de energía porque su muerte será instantánea y total y por tanto probablemente indolora, supuso Kern. Ya estaba en movimiento, para sorpresa de los demás. Estaba subiendo, trepando por el pozo de acceso que comunicaba con el fino poste central de la estación, alejándose del suelo exterior, que era «abajo» tan sólo mientras estaba cerca de él, saliendo de aquel falso pozo de gravedad hacia la larga aguja en torno a la que giraban. Hubo un chaparrón de mensajes cada vez más preocupados. Tras ella sonaron voces llamándola. Algunos querrían ir detrás de ella, lo sabía.

Sering seguía hablando imperturbablemente:

—Esto no es ni siquiera el principio, doctora Kern. —Su tono era inequívocamente deferente, incluso en plena rebelión—. Allá en casa ya habrá comenzado. Allá en casa probablemente ya habrá terminado. Dentro de unos pocos años, quizá, oirá que la Tierra y nuestro futuro han sido reconquistados para los humanos. No más monos elevados, doctora Kern. No más ordenadores con poderes divinos. No más alteraciones de la forma humana. Tendremos el universo para nosotros, como se supone que debía ser; como siempre fue nuestro destino. En todas las colonias, en el sistema solar y fuera de él, nuestros agentes habrán ejecutado sus órdenes. Habremos tomado el poder... con el consentimiento de la mayoría, como puede suponer, doctora Kern.

Kern cada vez se sentía más ligera, mientras trepaba hacia un «arriba» que se estaba convirtiendo en «adentro». Sabía que debería estar maldiciendo a Sering, pero, ¿para qué, si nunca la oiría?

El camino hasta la ingravidez del interior hueco de la Aguja no era muy largo. Ahora se le presentaba una alternativa: o seguía hacia el núcleo de energía, donde sin duda Sering habría tomado medidas para asegurarse de no ser molestado; o en dirección contraria. En un sentido muy definitivo.

Podía anular cualquier cosa que hubiese hecho Sering. Tenía completa confianza en la superioridad de sus habilidades. Pero le llevaría tiempo. Si se lanzaba por ese lado de la Aguja, hacia Sering y sus trampas y barricadas, muy pronto se quedaría sin tiempo.

—Y si los poderes establecidos nos rechazan, doctora Kern —con-

tinuó sonando en su oído aquella voz odiosa—, entonces lucharemos. Si debemos recuperar el destino de la humanidad por la fuerza, lo haremos.

Kern apenas prestaba atención a lo que estaba oyendo, pero un frío miedo comenzaba a invadir su mente, no por el peligro que planteaba para ella y la Brin 2, sino por lo que estaba diciendo sobre la Tierra y las colonias.

¿Guerra? Imposible. Ni siquiera los NUNs... Pero era cierto que se habían producido incidentes: magnicidios, disturbios, bombas. La base en el satélite Europa había sido dañada. Pero los NUNs estaban enfrentándose con muy pocos medios a la inevitable tormenta del destino manifiesto. Siempre había creído eso. Que esos estallidos representaban sólo los últimos estertores de los humanos menos evolucionados.

Ahora se dirigía en dirección opuesta, poniendo distancia respecto al núcleo de energía como si la Brin tuviese suficiente tamaño para que ella pudiera escapar de la explosión inminente. Pero era completamente racional. Sabía exactamente adónde iba.

Ante ella se encontraba el portal circular que daba a la Cápsula Centinela. Sólo al verlo entendió que una parte de su mente, la parte en la que siempre confiaba para desentrañar los cálculos más complejos, ya había asimilado la situación y había elegido la única salida, improbable pero posible.

Aquí era donde se suponía que Sering debía estar. Éste era el barco que navegaría lentamente hacia el futuro y que él, en un universo más cuerdo, debería haber pilotado. Ahora ordenó a la puerta que se abriese, y comprobó con alivio que ésta, justo la parte de la instalación que era responsabilidad particular de Sering, parecía no haber sido manipulada.

La primera explosión llegó, y ella pensó que sería la definitiva. La Brin crujió y se agitó a su alrededor, pero el núcleo de energía permaneció estable... como demostraba el hecho de que ella no había sido desintegrada todavía. Volvió a prestar atención al torbellino de frenéticos mensajes de la tripulación. Sering había saboteado las cápsulas de salvamento. No quería que nadie evitase el destino que había decretado para sí. ¿Era posible que hubiese olvidado la Cápsula Centinela?

Las explosiones de las cápsulas sacarían a la Brin 2 de su posición, empujándola hacia el planeta o hacia el espacio. Tenía que salir de ahí.

La puerta se abrió a su orden, y pidió a la Cápsula Centinela que diagnosticase el mecanismo de lanzamiento. El interior era diminuto, apenas suficiente para albergar el ataúd de hibernación (*no pienes que es un ataúd*) y las terminales de los sistemas asociados.

La cápsula la interrogó: ella no era la persona adecuada, ni llevaba puesto el equipo apropiado para la hibernación prolongada. *Pero no tengo intención de quedarme aquí siglos, sólo lo necesario para escapar.* Rápidamente anuló estas objeciones, y para entonces el diagnóstico había identificado la manipulación de Sering, o más bien localizado, por un proceso de eliminación, las partes del proceso de lanzamiento que él había borrado de la memoria.

Los ruidos que llegaban del exterior sugerían que el mejor curso de acción era ordenar a la puerta que se cerrase, y luego asegurar los sistemas para que nadie de fuera pudiera entrometerse.

Se metió en el tanque de hibernación, y entonces comenzaron los golpes: eran los tripulantes que habían llegado a la misma conclusión que ella, pero un poco más tarde. Bloqueó sus mensajes. Bloqueó también a Sering, que obviamente ya no le iba a decir nada más de utilidad. Era mejor si no tenía que compartir su cabeza con nadie más que los sistemas de control de la cápsula.

No sabía de cuánto tiempo disponía, pero se puso a trabajar con su característica combinación de velocidad y atención, la misma que la había conducido hasta donde estaba. *Me condujo hasta la dirección de la Brin 2 y hasta la Cápsula Centinela. Qué mona tan lista y condenada soy.* Los golpes amortiguados sonaban con más insistencia, pero la cápsula sólo tenía sitio para uno. El corazón de Kern siempre había sido duro, pero se dio cuenta de que debía endurecerlo aún más para no pensar en todos aquellos nombres y rostros, sus leales colegas, que entre ella y Sering estaban condenando a un final explosivo.

Del que yo misma aún no he escapado, se recordó. Y entonces lo encontró: un procedimiento de lanzamiento indirecto e improvisado que evitaba los sistemas fantasmas de Sering. ¿Funcionaría? No

tenía oportunidad de ensayarlo, ni tenía otras opciones. Ni, sospechaba, más tiempo.

Lanzamiento, ordenó a la cápsula, y a continuación respondió a gritos a todas las formas en que ésta estaba programada para preguntarle si estaba segura, hasta que sintió a su alrededor el movimiento de los mecanismos.

Entonces la cápsula intentó hibernarla inmediatamente, según el plan, pero la hizo esperar. Si la capitana no se hundía con su nave, al menos observaría su fin desde cierta distancia. *¿Cuánta distancia, exactamente?*

En ese momento había ya varios miles de mensajes que solicitaban su atención. Todos los tripulantes querían hablar con ella, pero ella no tenía nada que decir a ninguno.

La Cápsula Centinela tampoco tenía ventanas. De haberlo querido, habría podido mostrarle en el visor interno la Brin 2, que se alejaba velozmente mientras su pequeña cápsula de vida se insertaba en la órbita predeterminada.

Volvió a los sistemas de la Brin, pasando sus comunicaciones internas por las de la Cápsula Centinela, y le dio instrucciones: *Lanza el Tonel*.

Se preguntó si había sido sólo cuestión de tiempo, pero en retrospectiva probablemente había sido la primera tarea de Sering, y la más cuidadosamente realizada, lo suficientemente sutil para soslayar las comprobaciones de Kern, pues por supuesto que los mecanismos de lanzamiento del Frasco y el Tonel quedaban fuera de su atención. *Sobre los hombros de otros*, había dicho, pero no se había parado a pensar en los que quedaban por debajo de ella en la pirámide de su éxito. Hasta el más humilde tenía que dar su conformidad a soportar el peso de Kern, o todo se vendría abajo.

Vio la llama no en su visor interno, sino en el breve brote de informes de daños de los ordenadores de la Brin 2, cuando todos sus colegas y su instalación, y Sering el traidor, y toda su obra, se convirtieron repentinamente en una nube de fragmentos que se dispersaba rápidamente, un hálito fantasmal de atmósfera en disolución con algunos restos orgánicos irreconocibles.

Corrige el curso y estabiliza. Había esperado experimentar la onda de shock, pero la Cápsula Centinela se encontraba ya a suficiente

distancia, y la materia y la energía de la Brin 2 eran tan minúsculas, en comparación con la distancia, que apenas hizo falta un ajuste para asegurar que la cápsula permaneciera en su órbita programada.

Muéstramelo. Se preparó para ver la imagen, pero en realidad a esta distancia no era casi nada. Un destello; una diminuta barquita ardiendo con todas sus ideas y todos sus amigos.

En última instancia, no había sido más que un tonel lleno de monos demasiado evolucionados, después de todo. Contra el vasto e indiferente fondo del universo, era difícil decir por qué nada de todo aquello había sido importante.

Baliza de emergencia, ordenó. Porque en la Tierra tenían que saber qué había sucedido. Tenían que saber que debían venir y recogerla, despertarla como a la Bella Durmiente. Después de todo, era la doctora Kern. Era el futuro de la especie humana. La necesitaban.

Veinte largos años para que su señal alcanzase la Tierra. Mucho más que eso para que llegasen sus rescatadores, incluso con los mejores motores de fusión acelerando a tres cuartos de la velocidad de la luz. Pero su frágil cuerpo sobreviviría ese periodo de tiempo en hibernación... y mucho más.

Algunas horas después, vio cómo todo terminaba: vio el choque del Tonel con la atmósfera.

No estaba en su trayectoria planeada, pues la explosión de la Brin 2 lo había lanzado en una tangente, de forma que apenas evitó ser propulsado al espacio vacío. A largo plazo, a su cargamento no le importaría. El Tonel ardió, llameando como un meteorito a través de la atmósfera del mundo verde. De alguna manera, el pensamiento del terror animal que sus ocupantes debían estar sufriendo, mientras morían de miedo y calor, ignorantes, la conmovió más que la muerte de sus camaradas humanos. *¿Acaso Sering no diría que esto prueba que él tenía razón?*

Por fuerza de hábito, una meticulosidad profesional redundante, localizó el Frasco, y observó cómo el contenedor más pequeño caía en la atmósfera con un ángulo más suave, entregando su carga de virus a un mundo desprovisto de los simios a los que estaba destinada.

Siempre podemos conseguir más monos. Era un mantra curioso, pero la hacía sentir mejor. El virus de elevación duraría milenios. El

proyecto sobreviviría a la traición y la muerte de sus creadores. Ella misma se aseguraría.

Permanece atenta a un cambio en las señales de radio. Despiértame cuando lo oigas, ordenó.

El ordenador de la cápsula no estaba conforme. Requería parámetros más precisos. Kern pensó en todos los acontecimientos en casa de los que podría querer ser informada. Enumerarlos sería tan complicado como predecir el futuro.

Dame opciones.

Las posibilidades pasaron ante su visor interno. El ordenador de la cápsula era una sofisticada obra de ingeniería, suficientemente complejo para poder fingir inteligencia, aunque no la tuviera del todo.

Grabación, señaló Kern. No era la idea más agradable del mundo, pero, ¿acaso no había dicho siempre que la vida sería más fácil si pudiera hacerlo todo ella? La cápsula podía grabar en su memoria una imagen de la consciencia de Kern. Aunque fuera una copia imperfecta, formaría un compuesto entre Ken y el ordenador que sería capaz de reaccionar a los acontecimientos externos simulando su propio buen juicio. Repasó velozmente las advertencias y las notas: se trataba de otra muestra de tecnología punta de la que tendrían que haber sido pioneros. Con el tiempo, se suponía que la red de IA incorporaría cada vez más a la copia de Kern, de forma que el compuesto resultante sería capaz de hacer distinciones cada vez más sutiles. Potencialmente, el resultado final sería algo más inteligente y más capaz que la simple suma de la combinación de humana y máquina.

Hazlo, ordenó, tumbándose y esperando a que la cápsula le empezase a escanear el cerebro. *Sólo espero que la partida de rescate no tarde.*

1.2

La valiente cazadora

Se llama *Portia*, y está de caza.

Mide ocho milímetros de largo, pero en su mundo diminuto es una tigresa, fiera y astuta. Como todas las arañas, su cuerpo se divide en dos partes. Su pequeño abdomen contiene los pulmones laminares y la mayor parte de las tripas. Su cefalotórax está dominado por dos enormes ojos orientados hacia delante que ofrecen una perfecta visión binocular, bajo un par de pequeños mechones que la coronan como cuernos. Está cubierta de pelo que forma pautas quebradas marrones y negras. Para los depredadores, parece más una hoja seca que una presa.

Está esperando. Bajos sus formidables ojos, los colmillos están flanqueados por piezas bucales parecidas a patas: los palpos, de un color sorprendentemente blanco, como un bigote tembloroso. La ciencia la llama *Portia labiata*, y es sólo una discreta especie de araña saltadora.

Su atención está concentrada en otra araña que se encuentra en su propia red. Es una *Scytodes pallida*, de patas más largas, jorobada y capaz de escupir una tela tóxica. La *Scytodes* está especializada en capturar arañas saltadoras como *Portia*.

Portia está especializada en comer arañas que comen arañas, la mayor parte de las cuales son más grandes y fuertes que ella misma.

Sus ojos son notables. Esos discos del tamaño de la punta de un alfiler poseen la agudeza visual de un primate, y las cámaras flexibles tras ellos unen las piezas del mundo que la rodea.

Portia no piensa. Sus sesenta mil neuronas apenas forman un cerebro, en contraste con los cien mil millones de uno humano. Pero algo sucede en ese diminuto nudo de tejido. Ya ha reconocido a su enemiga, y sabe que su tela tóxica hace que cualquier asalto frontal resulte letal. Portia ha estado jugando al borde de la tela de la Scytodes, enviándole pistas táctiles de diversa intensidad para ver si puede atraerla. El objetivo se ha estremecido un par de veces, pero no se deja engañar.

Esto es lo que pueden hacer unas pocas decenas de miles de neuronas: Portia ha probado y fallado, una variación tras otra, identificando las que provocaron una mayor respuesta, y ahora hará algo diferente.

Sus ojos penetrantes han examinado el entorno de la tela, las ramas y ramitas que cuelgan por encima y por debajo. En alguna parte de su pequeño nudo de neuronas ha construido un mapa tridimensional basado en su meticuloso escrutinio, y ha trazado con todo detalle un camino por el cual llegar hasta la Scytodes desde arriba, como una asesina diminuta. El camino no es perfecto, pero es el mejor que permite el entorno, y su cerebritito ha calculado todo esto como ejercicio teórico con antelación. El camino planeado la ocultará de la vista de su presa durante la mayor parte del viaje, pero incluso cuando la presa no esté a la vista, seguirá presente en su mente diminuta.

Si su presa no fuera una Scytodes, usaría una táctica diferente... o experimentaría hasta que algo funcionase. Habitualmente, algo funciona.

Las antepasadas de Portia han estado haciendo estos cálculos y tomando estas decisiones durante milenios, y cada generación es un poco más hábil porque las mejores cazadoras son las que comen bien y ponen más huevos.

Hasta aquí, todo de acuerdo con la naturaleza. Portia está a punto de comenzar su viaje cuando un movimiento atrae su mirada.

Ha aparecido otra araña de su especie, un macho. Éste también ha estado observando a la Scytodes, pero ahora sus agudos ojos están fijos en Portia.

En el pasado, otros miembros de su especie podrían haber decidido que el pequeño macho constituía un almuerzo más seguro que

la Scytodes, y habrían hecho planes en consonancia, pero ahora algo ha cambiado. La presencia del macho es significativa. Es una experiencia nueva y compleja. La figura agazapada al otro lado de la tela de la Scytodes no es sólo presa/compañero/irrelevante. Hay una conexión invisible entre ellos. Portia no llega a aprehender que él es como ella, pero su formidable habilidad para calcular estrategias tiene una dimensión añadida. Aparece una nueva categoría que multiplica por cien sus opciones: aliado.

Durante largos minutos las dos arañas cazadoras examinan sus mapas mentales mientras la Scytodes cuelga entre ellas sin percatarse de nada. Entonces Portia ve cómo el macho se arrastra un poco a lo largo del borde de la tela. Está esperando que ella se mueva. No lo hace. Él vuelve a moverse. Finalmente llega a un punto donde su presencia cambia los cálculos instintivos de Portia.

Portia se mueve a lo largo del camino que había trazado, arrastrándose, saltando, bajando por un hilo, y todo el tiempo su mente retiene la imagen de ese mundo tridimensional con las otras dos arañas en él.

Al fin llega a su posición sobre la tela de la Scytodes, de nuevo en la línea de visión del macho inmóvil. Espera hasta que éste hace su movimiento. El macho tamborilea sobre los hilos de seda, probando su firmeza con cautela. Sus movimientos son mecánicos, repetitivos, como si fuera sólo un fragmento de hoja seca que ha caído en la tela. La Scytodes se mueve una vez, y luego se para. Una brisa hace estremecerse la tela y el macho se mueve más rápidamente bajo la cobertura del ruido blanco de los hilos temblorosos.

Salta y baila abruptamente, hablando el lenguaje de la tela en términos altos y claros: *¡Una presa! ¡Una presa trata de escapar!*

La Scytodes se pone en marcha al instante y Portia ataca, cayendo tras su enemiga en movimiento y hundiendo sus colmillos en ella. El veneno inmoviliza a la otra araña enseguida. La caza ha terminado.

Poco después, el pequeño macho vuelve y se miran entre sí, intentando construir una nueva imagen de su mundo. Se alimentan. Portia está constantemente a punto de ahuyentarlo, y sin embargo esa nueva dimensión, ese sentimiento común, detiene sus colmillos. Es una presa. No es una presa.

Más tarde, vuelven a cazar juntos. Hacen un buen equipo. Juntos pueden enfrentarse a objetivos y situaciones de las que, solos, habrían tenido que retirarse.

Al cabo el macho es ascendido de presa/no presa a compañero, porque los comportamientos de Portia son limitados en lo que respecta a los machos. Tras el apareamiento, surgen otros instintos y su asociación termina.

Portia pone un saco de huevos, repleto como corresponde a una cazadora de gran éxito.

Las hijas de ambos serán hermosas e inteligentes y crecerán hasta doblarla en tamaño, infectadas con el nanovirus que portan ella y el macho. Las generaciones siguientes serán mayores, más inteligentes y aún más eficaces, una tras otra evolucionando selectivamente a un ritmo acelerado por el virus hasta que las que mejor sepan aprovechar esta nueva ventaja dominen el fondo genético del futuro.

Las hijas de Portia heredarán el mundo.

1.3

Las luces se apagan

La doctora Avrana Kern se despertó y encontró una docena de fuentes de información compleja, ninguna de las cuales le ayudó a recobrar la memoria de lo que había sucedido o de por qué estaba volviendo a la consciencia en una unidad de hibernación. No podía abrir los ojos; tenía el cuerpo atenazado por calambres y no había nada en su espacio mental excepto el exceso de información que la asaltaba, todos los sistemas de la Cápsula Centinela clamando por darle sus informes.

¡Modo Eliza!, consiguió ordenar, sintiéndose mareada, hinchada, estreñida y sobreestimulada, todo a la vez, mientras la maquinaria del ataúd se atareaba en devolverla a algo que pareciera la vida activa.

—Buenos días, doctora Kern —dijo la cápsula en su centro auditivo. Había asumido una voz de mujer, fuerte y tranquilizadora. Kern no se sentía más tranquila. Quería preguntar por qué estaba en la Cápsula Centinela, pero podía sentir que la respuesta estaba a la vuelta de la esquina, eludiéndola constantemente.

¡Dame algo para que pueda recuperar la memoria!, ordenó.

—No se lo recomiendo —advirtió la cápsula.

Si quieres que tome alguna decisión... Y entonces todo encajó en su sitio dentro de su cabeza, como una presa que se rompiese para liberar una ola de espantosas revelaciones. La Brin 2 había desaparecido. Sus colegas ya no estaban. Los monos habían muerto. Todo se había perdido, salvo ella.

Y había pedido a la cápsula que la despertase cuando llegase una señal de radio.

Intentó aspirar profundamente, pero el pecho no le funcionaba correctamente y se limitó a jadear. *Ya era hora*, dijo a la cápsula, por mucho que su declaración fuera ininteligible para el ordenador. Ahora que éste estaba hablando con ella, instintivamente sentía que debía conversar con él como si fuera humano. Éste había sido siempre un efecto secundario deplorable del modo Eliza. *¿Cuánto tiempo ha pasado, en años terrestres?*

—Catorce años y setenta y dos días, doctora.

Eso... Sintió que su garganta se abría un poco:

—Eso no puede ser...

No tenía sentido decirle al ordenador que aquello no era posible, pero de hecho no lo era. No había transcurrido el tiempo suficiente. La señal no podía haber alcanzado la Tierra en ese tiempo, y una nave de rescate no podía haber llegado. Pero entonces tuvo un atisbo de esperanza. Claro, una nave ya había estado en camino antes de que Sering destruyese la Brin 2. Sin duda la condición de Sering como agente de la NUN había sido descubierta mucho antes, cuando aquel ridículo alzamiento fracasó. Estaba salvada. Debía estar salvada.

Inicia el contacto, dijo al ordenador.

—Me temo que eso no es posible, doctora.

Chasqueó la lengua y abrió de nuevo las fuentes de los sistemas, que le parecían más fáciles de manejar ahora. Todos los mecanismos de la cápsula se abrieron ante ella, confirmando su buen estado. Comprobó las comunicaciones. Los receptores estaban en valores tolerables. Los transmisores funcionaban, y enviaban su señal de emergencia al tiempo que cumplían su función primaria, emitiendo una serie de mensajes complejos al planeta a sus pies. Por supuesto, la intención era que ese planeta se convirtiese un día en la cuna de una nueva especie que pudiera recibir y descifrar esos mensajes. Aquello era ahora imposible.

—Es todo... —Su áspera voz la puso furiosa. *Clarifica. ¿Cuál es el problema?*

—Me temo que no hay nada con lo que iniciar contacto, doctora —le dijo educadamente el modo Eliza del ordenador. Su atención

fue dirigida entonces a una simulación del espacio que las rodeaba: el planeta, la Cápsula Centinela. Ninguna nave de la Tierra.

Explícate.

—Ha habido un cambio en las señales de radio, doctora. Me temo que requiero una decisión ejecutiva acerca de su importancia.

—¿Te importaría dejar de decir «me temo»? —articuló con ferocidad.

—Claro, doctora. —Y así sería. Ese tic quedaría borrado de su discurso a partir de ese momento—. Desde que usted entró en hibernación, he estado escuchando las señales de la Tierra.

—¿Y? —Pero la voz de Kern se quebró un poco. *Sering mencionó una guerra. ¿Han llegado noticias de una guerra? Y, justo después: ¿Cómo habría sabido el ordenador que tenía que despertarme? No sería capaz de identificar ese contenido. Así que, ¿qué...?*

Ya estaba ahí, perdida entre la profusión de datos, pero el ordenador la subrayó ahora. No una presencia, sino una ausencia.

Quiso preguntar: *¿Qué me estás mostrando?* Quiso decirle que era un nuevo error. Quiso pedirle que lo comprobase, como si no lo estuviese ya comprobando constantemente.

Ya no llegaban señales de radio de la Tierra. Las últimas habían atravesado la Cápsula Centinela y, emanando desde la Tierra a la velocidad de la luz, venían con veinte años de retraso antes de continuar su camino hacia el vacío.

Quiero escuchar las últimas doce horas de señales.

Pensaba que habría demasiadas, pero eran pocas, dispersas y codificadas. Las que pudo interpretar eran peticiones de auxilio. Las siguió hasta cuarenta y ocho horas antes, intentando recomponer las piezas. La grabadora de la cápsula no había conservado más. Los detalles precisos se habían perdido, y se alejaban de ella más rápido de lo que podía seguirlos. Pero la guerra de Sering había estallado; eso era lo único en lo que podía pensar. Había sucedido, y había ido borrando colonias a lo largo del espacio humano. Las luces se habían apagado por todo el Sistema Solar, mientras los NUNs y sus aliados se alzaban y luchaban contra sus enemigos por el destino de la humanidad.

Parecía indudable que había habido una escalada. Kern sabía bien que los gobiernos de la Tierra y las colonias poseían armas de potencial terrorífico, y que la ciencia teórica podía producir cosas mucho peores.

Por lo que podía entender, la guerra en la Tierra se había exacerbado. Ninguno de los bandos se había rendido. Ambos bandos habían dado todo lo que tenían, sacando cada vez juguetes nuevos de la caja. Los comienzos de la guerra no se encontraban en los dos días y medio de radio de los que disponía, pero tenía la horrible sospecha de que todo ese conflicto global había durado menos de una semana.

Y ahora, a veinte años luz, la Tierra estaba en silencio; lo había estado durante dos décadas. ¿Había sobrevivido alguien? ¿Es posible que toda la especie humana hubiese sido exterminada salvo por ella, o simplemente había retrocedido a una nueva edad oscura, en la que los pueblos ignorantes y embrutecidos miraban las luces que cruzaban el cielo sin recordar que sus antepasados las habían construido?

—Las estaciones, las colonias del Sistema Solar... las otras —conseguió decir.

—Una de las últimas transmisiones de la Tierra fue un virus electrónico emitido en todas las frecuencias y direcciones, doctora —informó Eliza lúgubrementemente—. Su propósito era infectar y desactivar cualquier sistema que lo recibiera. Parece que fue capaz de perforar los escudos más sofisticados. Asumo que los diversos sistemas de las colonias han sido puestos fuera de juego.

—Pero eso significa... —Avrana ya sentía tanto frío como era posible para un ser humano. Esperó sentir el escalofrío de la consciencia, pero no lo hubo. Las colonias del Sistema Solar y el puñado de bases extrasolares aún estaban siendo terraformadas; habían sido construidas al principio de la historia espacial de la humanidad, y cuando la tecnología fue desarrollada, la extensa presencia de asentamientos humanos en ellas había ralentizado el proceso: había muchos intereses que tener en cuenta. Los planetas completamente desprovistos se podían terraformar mucho más rápidamente, y el Mundo de Kern era sólo el primero de éstos en ser completado. Fuera de la Tierra, la humanidad estaba desesperadamente en manos de su tecnología, de sus ordenadores.

Si un virus como ése había controlado los sistemas de Marte y del satélite Europa, y los había desactivado, eso significaba la muerte. Muerte rápida, muerte fría, muerte en el vacío.

—¿Cómo es que has sobrevivido? ¿Cómo es que hemos sobrevivido?

—Doctora, el virus no estaba diseñado para atacar construcciones experimentales de personalidad basadas en grabaciones humanas. Su presencia en mis sistemas ha impedido que me convirtiera en un anfitrión apropiado para el virus.

Avrana Kern miró más allá de las luces de su visor interno, a la oscuridad en el interior de la Cápsula Centinela, y pensó en todos los lugares sumidos en aquella oscuridad mayor en los que la humanidad había construido frágiles hogares. Finalmente, lo único que se le ocurrió preguntar fue:

—¿Para qué me has despertado?

—Necesito que tome una decisión ejecutiva, doctora.

—¿Qué decisión ejecutiva puedes necesitar ahora? —preguntó ácidamente al ordenador.

—Será necesario que vuelva usted a hibernación —dijo la cápsula, y ahora Kern echó de menos amargamente el «me temo», que había añadido un satisfactorio sentido de duda humana—. Sin embargo, la falta de información acerca de las actuales circunstancias exteriores significa que probablemente no seré capaz de determinar si se produce un acontecimiento que requiera despertarla. También creo que usted misma puede no ser capaz de darme órdenes respecto a dicho acontecimiento, aunque puede darme las instrucciones que desee, o alternativamente sólo especificar un periodo de tiempo en concreto. En esta alternativa, puede sencillamente confiar que su grabación de personalidad la despertará en el momento apropiado.

Un eco no verbalizado de esto último resonó en su mente: *O nunca. Puede que nunca llegue ese momento.*

Muéstrame el planeta.

El gran orbe verde alrededor del cual giraba se mostró ante ella con todas sus medidas y atributos, cada uno conectado a un árbol de detalles adicionales. En algún lugar entre ellos estaban los créditos, los nombres de los muertos que habían diseñado y construido cada pieza y cada parte, que habían guiado la tectónica de placas y habían encendido la chispa de sus sistemas atmosféricos, acelerando la erosión y sembrando el suelo con vida.

Pero los monos se quemaron. Todo para nada.

Parecía imposible que hubiese estado tan cerca de su gran sueño, la extensión de la vida inteligente por el universo, la diversificación de la inteligencia, la supervivencia garantizada del legado de la Tierra. *Y entonces llegó la guerra, y la estupidez de Sering, justo demasiado pronto.*

¿Cuánto podemos durar?, preguntó.

—Doctora, nuestros paneles solares deberían permitir nuestra supervivencia durante un periodo indefinido de tiempo. Aunque es posible que un impacto externo o defectos mecánicos acumulados puedan provocar en algún momento el cese del funcionamiento, no existe un límite superior conocido para nuestra vida útil.

Eso había sido probablemente un intento de sonar esperanzada. A Kern le sonó más como una sentencia de encarcelamiento.

Duérmeme, dijo a la cápsula.

—Requiero orientación sobre cuándo despertarla.

Ella se rió ante esto, y el sonido de su propia voz le pareció odioso en aquel lugar confinado.

—Cuando llegue la nave de rescate. Cuando los monos respondan. Cuando mi yo grabado y no muerto lo decida. ¿Es suficiente?

—Creo que puedo trabajar con esos parámetros, doctora. Ahora la prepararé para volver a hibernación.

Dormir mucho, mucho tiempo. Volvería a la tumba, y un simulacro de sí misma haría guardia ante un planeta silencioso, en un universo silencioso, en el último puesto avanzado de la gran civilización espacial humana.

2

Peregrinación

2.1

A dos mil años de casa

Holsten Mason se despertó de golpe a una pesadilla de claustrofobia, y la aplacó tan pronto como le asaltó. La experiencia le permitía reconocer dónde estaba y por qué no había razón para sentirse alarmado, pero los viejos instintos de mono aún tuvieron su momento de gloria, chillando *¡Atrapado! ¡Atrapado!* en los recintos de su mente.

Malditos monos. Estaba helado y embutido en un espacio en el que su cuerpo apenas cabía, con lo que parecían mil agujas retirándose de su piel gris y entumecida, y tubos que se arrancaban de regiones más íntimas, nada de todo eso realizado con mucho cariño.

Lo de siempre en la cámara de suspensión. Le habría gustado pensar que odiaba con todas sus fuerzas las cámaras de suspensión, pero aquello ya no era exactamente una elección para ningún miembro de la especie humana.

Durante un momento pensó que todo había terminado; que lo estaban despertando pero no liberando, y que quedaría atrapado bajo el frígido cristal, sin que nadie lo oyese ni supiera de su existencia en una vasta nave repleta de cadáveres congelados que se dirigía para siempre hacia la nada del espacio profundo.

La claustrofobia lo volvió a asaltar. Ya estaba luchando para alzar las manos, para golpear la cubierta transparente, cuando el sello siseó y la penumbra indirecta fue sustituida por el brillo constante de las luces de la nave.

Apenas guiñó los ojos. La cámara de suspensión habría estado preparando a su cuerpo para este despertar mucho antes de dig-

narse devolver la chispa de vida a su mente. Con retraso, se preguntó si algo habría salido mal. Después de todo, había sólo un número limitado de circunstancias en las que debía ser revivido. Pero no sonaba ninguna alarma, y los pocos indicadores de estado que había dentro de la cámara estaban en un reconfortante azul. *A menos que se hayan roto, claro.*

La nave arca *Gilgamesh* había sido construida para durar mucho, mucho tiempo, usando todas las artes y ciencias que la civilización de Holsten había sido capaz de arrancar de las manos frías y reseca por el vacío de sus antepasados. Aun así, de tener la elección, nadie habría confiado en ella, pues, ¿cómo se podría tener fe en que una máquina (cualquier máquina, cualquier obra de manos humanas) pudiera durar los abrumadores periodos de tiempo que se requerían para este viaje?

—¡Feliz cumpleaños! ¡Ahora eres el hombre más viejo de la historia! —dijo una dura voz—. Venga, ponte de pie, perezoso. Te necesitamos.

Los ojos de Holsten enfocaron una cara teóricamente femenina. Era severa, arrugada, con barbilla y pómulos huesudos, y con el pelo cortado al uno, como el suyo. Las cámaras de suspensión no eran buenas para el pelo humano.

Isa Lain: jefa de Ingeniería de la Tripulación Principal de la *Gilgamesh*.

Comenzó a hacer una broma sobre cómo nunca habría pensado que ella diría que lo necesitaba, pero se le trabó la lengua y lo dejó. Lain entendió lo suficiente para mirarlo con desprecio.

—«Necesitar» no es lo mismo que «querer», viejo. Levántate. Y abróchate el uniforme: se te ve el culo.

Sintiéndose como un inválido centenario, se incorporó y trepó y salió del tanque con forma de ataúd que había sido su lugar de descanso desde hacía...

Veamos, ¿el hombre más viejo de qué? Las palabras de Lain volvieron con una sacudida.

—Hey —dijo con voz pastosa—. ¿Cuánto hace? ¿Dónde estamos? —*¿Hemos salido por lo menos del Sistema Solar? Seguramente sí, si ha dicho eso...* Y, como si pudiera ver a través de las paredes del estrecho recinto, tuvo una súbita sensación del vasto vacío que debía encontrarse más allá del casco, un vacío que ningún humano

había sondeado desde antes de la glaciación, desde los días perdidos entre los milenios del Viejo Imperio.

La sala de suspensión de la Tripulación Principal estaba llena, y apenas había espacio para ambos y las hileras de ataúdes: el suyo y otros dos abiertos y vacíos, y los demás aún con los cuasicadáveres de los demás tripulantes principales, lo que demostraba que no era necesario que asumieran un rol activo en la nave. Lain se dirigió hacia la escotilla y la abrió antes de responder, mirándolo por encima del hombro sin atisbo de burla.

—Mil ochocientos treinta y siete años, Mason. O eso dice la *Gilgamesh*.

Holsten se sentó de golpe en el borde de la cámara de suspensión, pues las piernas le fallaron de repente.

—¿Cómo se...? ¿Cómo se encuentra? ¿Has...? —Las frases se rompían continuamente en su cabeza—. ¿Hace cuánto que estás levantada? ¿Has comprobado... el cargamento, los demás...?

—Llevo levantada nueve días, mientras te despertaban amorosamente, Mason. He repasado todo. Todo es satisfactorio. Cuando construyeron este bebé hicieron un buen trabajo.

—¿Satisfactorio? —Notó la incertidumbre en esa palabra—. Entonces, ¿todos...?

—Satisfactorio es que hemos tenido un cuatro por ciento de fallos en las cámaras del cargamento —le dijo sin énfasis—. Para casi dos milenios, creo que podemos decir que es satisfactorio. Podría haber sido peor.

—Vale. Sí, claro. —Volvió a incorporarse y se acercó a ella, sintiendo el suelo frío bajo la piel desnuda, intentando ahora notar si estaban acelerando o decelerando o si la sección de la tripulación estaba sólo rotando sobre su eje para generar gravedad. Ciertamente, algo lo mantenía pegado al suelo. Pero si había algún sentido que pudiera detectar las diferencias entre diferentes sabores de pseudo-gravedad, era uno que sus antepasados no habían desarrollado.

Estaba intentando no pensar en lo que significaba «cuatro por ciento», o que la palabra «cargamento», cómodamente impersonal, se refería a una fracción muy grande de la especie humana superviviente.

—¿Y para qué me necesitas, en todo caso? —Puesto que la mayoría de los demás estaban aún dormidos, ¿qué extraordinario con-

junto de circunstancias podía requerir su presencia cuando la mayor parte de Mando, Ciencia, Seguridad e Ingeniería seguía sumida en un estasis helado y sin sueños?

—Hemos recibido una señal —le dijo Lain, vigilando con cuidado su reacción—. Sí, ya pensé que eso te despertaría.

No pudo dejar de hacer preguntas mientras circulaban por los pasillos que conducían a Comunicaciones, pero Lain se limitó a caminar cada vez más rápido y no le hizo caso, dejando que deambulara y tropezara cuando las piernas lo empezaron a traicionar a cada pocos pasos.

Vrie Guyen era el tercer tripulante despierto anticipadamente, como Holsten había supuesto. Fuera cual fuera la emergencia, requería al comandante de la *Gilgamesh*, a su jefa de Ingeniería y a su clasicista. Pero lo que Lain había dicho lo justificaba todo. ¡Una señal! Y, aquí fuera, ¿qué podía significar eso? O algo completamente alienígena, o un resto del Viejo Imperio, el área de conocimiento de Holsten.

—Es débil y está muy distorsionada. A la *Gilgamesh* le llevó demasiado tiempo reconocerla siquiera. Necesito que veas si puedes entenderla. —Guyen era un hombre pequeño y delgado con una nariz y una boca que parecían haber sido tomadas de una cara mucho más grande. Holsten recordó que su estilo de mando era una mezcla entre motivación agresiva y buena capacidad para delegar. Parecía que sólo habían pasado unos días desde que Holsten se encontró bajo su severa mirada mientras subía a su cámara de suspensión, pero cuando rebuscó en su memoria para determinar cuántos días exactamente, descubrió un área gris imposible de traspasar, la oscura sensación de que su sentido del tiempo estaba descoyuntado.

Parece que el transcurso de dos mil años tiene ese efecto. A cada minuto que pasaba volvía a sorprenderse por la revelación de la inverosímil fortuna que había favorecido a los presentes. *Satisfactorio*, había dicho Lain.

—¿De dónde proviene? —preguntó Holsten—. ¿Está donde pensamos que estaría?

Guyen se limitó a asentir, controlando sus rasgos, pero Holsten sintió que lo recorría un escalofrío de emoción. *¡Existe! Es real, después de todo este tiempo.*

La *Gilgamesh* no se había limitado a lanzarse al vacío al azar para escapar al final de todo lo que habían dejado atrás. Después de todo, su misión no era tan suicida. Habían estado siguiendo los mapas y las cartas del Viejo Imperio, obtenidos de satélites caídos, de fragmentos de naves, de los caparazones rotos de las estaciones orbitales que contenían los cadáveres momificados por el vacío de los antiguos amos de la Tierra. El vacío y las órbitas estables los habían salvado mientras el hielo asolaba el planeta a sus pies.

Y entre las reliquias había mapas estelares que detallaban los lugares de la galaxia donde los antiguos habían caminado.

Le mostraron la señal, tal como la recibían los instrumentos de la *Gilgamesh*. Era un mensaje relativamente corto que se repetía interminablemente. No había cháchara de radio que revelase una pujante colonia extrasolar: eso habría sido demasiado esperar, dado el tiempo que había transcurrido.

—Quizá sea un aviso —sugirió Guyen—. Si es así, y si existe algún peligro, necesitamos saberlo.

—Y si hay algún peligro, ¿qué podemos hacer exactamente? —preguntó Holsten con voz queda—. ¿Podemos cambiar nuestro rumbo siquiera, evitar el sistema?

—Podemos prepararnos —dijo Lain con pragmatismo—. Si se trata de algún evento cósmico que por alguna razón no hemos detectado, y que por alguna razón no ha destruido al transmisor, entonces puede que tengamos que intentar alterar el rumbo. Si es... una plaga, o alienígenas hostiles, o algo, entonces... Bueno, ha pasado mucho tiempo, seguramente. Probablemente ya no sea relevante.

—Pero tenemos mapas. En el peor de los casos, podemos trazar un rumbo hasta el siguiente mundo —señaló Guyen—. Haríamos una maniobra de catapulta en torno a su sol, y seguiríamos nuestro camino.

Para entonces Holsten había dejado de prestarle atención, se había sentado y escuchaba por un audifono la señal captada por la *Gilgamesh*, repasando representaciones visuales de su frecuencia y pauta, y seleccionando obras de referencia de la biblioteca.

Ajustó la interpretación que hacía la *Gilgamesh* de la señal, contrastándola con todos los algoritmos de decodificación conocidos de aquella civilización largamente extinta. Había hecho esto muchas

otras veces. A menudo la señal estaba tan codificada que la moderna criptografía no era capaz de descifrarla. Otras veces consistía claramente en palabras, pero en uno de esos idiomas problemáticos que nadie había conseguido traducir.

Escuchó y ejecutó sus encriptaciones, y comenzaron a aparecer palabras, en la lengua antigua y formal de una edad ya desvanecida de maravillas y abundancia... y de una abrumadora capacidad destructiva.

—Es Imperial C —declaró con seguridad. Era uno de los lenguajes conocidos más comunes y, si podía conseguir que su cerebro se pusiera en marcha, sería un juego de niños traducirlo ahora que lo había despejado. Había un mensaje, y se abrió ante él como una flor, derramando su breve y sucinto contenido en un idioma que había muerto antes de la llegada del hielo.

—¿Qué...? —comenzó a decir Guyen, enfadado, pero Holsten levantó la mano pidiendo silencio, para permitir que el mensaje volviera a reproducirse y disfrutar de su momento de preeminencia.

—Es una baliza de emergencia —anunció.

—¿Emergencia estilo «No os acerquéis»? —insistió Lain.

—Emergencia estilo «Venid a por mí» —les dijo Holsten, mirándolos a los ojos y viendo en ellos la primera chispa de la esperanza y el asombro que él mismo sentía—. Incluso si no queda nadie... y lo más seguro es que no quede nadie... habrá tecnología, tecnología que funciona. Algo ha estado esperándonos allí miles de años. Esperándonos a nosotros.

Por un momento esta revelación fue tan fuerte que el leve disgusto generalizado que sentían por él casi se desvaneció. Eran tres pastores que conducían a su rebaño humano a una nueva tierra prometida. Eran los padres fundadores del futuro.

Entonces Guyen entrechocó las palmas.

—Estupendo. Buen trabajo. Haré que la *Gilgamesh* despierte al personal básico a tiempo para empezar la deceleración. Nuestra apuesta ha salido bien. —No pronunció palabras por todos aquéllos que habían quedado atrás, que ni siquiera habían tenido la oportunidad de apostar, ni para preguntarse por el puñado de naves arca que habían tomado rumbos diferentes, cuando la Tierra escupió los últimos pedazos de sus habitantes justo antes de que la marea de

veneno la ahogase—. Volved a vuestros ataúdes, los dos. —Entre ellos y la fuente de la señal había todavía al menos un siglo de viaje silencioso y helado.

—Déjame que pase tan sólo media guardia despierto —dijo Holsten automáticamente.

Guyen lo miró con furia, recordando de pronto que no había querido que Holsten formase parte de la Tripulación Principal: era demasiado viejo, estaba demasiado seguro de sí mismo, y demasiado orgulloso de su preciosa educación.

—¿Por qué?

Porque es frío. Porque es como estar muerto. Porque temo no despertar... o que no me despertéis. Porque tengo miedo. Pero Holsten se encogió de hombros sin darle importancia.

—Ya habrá tiempo para dormir luego, ¿no? Déjame que mire las estrellas, por lo menos. Sólo media guardia y luego me dormiré. ¿Cuál es el problema?

Guyen gruñó su desprecio pero asintió con reticencia.

—Infórmame de cuando vuelvas. O, si eres la última persona despierta...

—Apagaré las luces, sí. Conozco el protocolo. —En realidad el protocolo era una compleja comprobación doble de los sistemas de la nave, pero la propia *Gilgamesh* se encargaba de la parte difícil. Todos los tripulantes principales sabían cómo hacerlo. Apenas era más complicado que leer una lista: trabajo para monos.

Guyen se alejó a grandes pasos, sacudiendo la cabeza, y Holsten miró de soslayo a Lain, pero ésta se dirigía ya a los indicadores de ingeniería, profesional hasta el límite.

Más tarde, sin embargo, mientras él estaba sentado en la cúpula y observaba el campo estelar desconocido, a dos mil años de cualquier constelación que sus antepasados pudieran haber reconocido, ella apareció y se sentó a su lado durante quince inquietos minutos sin decir nada. Ninguno de los dos fue capaz de articular la sugerencia entonces, pero, con un alzamiento de cejas y un movimiento abortado de la mano, acabaron quitándose los uniformes y aferrándose el uno al otro sobre el fresco suelo, mientras toda la creación giraba suavemente sobre ellos.